

NOTA SOBRE LA SOCIOLOGÍA ACTUAL

El sociólogo de nuestro tiempo se encuentra instalado, personal y profesionalmente, en una situación precaria. De una parte, la sociedad en que vive le plantea problemas que, al menos de momento, no puede solucionar. De otra parte, cuando el sociólogo intenta alguna solución a esos problemas es difícil que complazca a la generalidad de sus colegas.

El sociólogo no puede dar respuesta satisfactoria a la mayoría de los problemas que le plantea la sociedad en que vive, porque existe un abismo profundo entre el estado real de desarrollo de la sociología, a la hora presente, y la desmesurada importancia de los problemas con que la sociedad le enfrenta. Por decirlo en pocas palabras, nos encontramos con una sociedad que cree que la sociología se halla, con su escaso siglo de historia, a la misma altura de desarrollo de las ciencias de la naturaleza, con una historia de más de tres siglos. Lo dicho vale tanto para las sociedades que tienen una actitud favorable a la ciencia sociológica como para aquellas en que predomina la indiferencia o la hostilidad.

Ahora bien, no son los sociólogos totalmente ajenos a este hecho; algunos de ellos se precian de presentarse ante la sociedad con un programa que promete dar razón de la realidad del presente con el mismo grado de objetividad que es peculiar a las ciencias de la naturaleza. No es extraño que la sociedad acabe pidiéndole al sociólogo que le ofrezca los resultados de la realización de su programa.

Los sociólogos distan bastante de estar de acuerdo en muchos aspectos sustanciales de su disciplina. Se habla de una sociología norteamericana y de una sociología europea; de una sociología empírica y de una sociología especulativa; y, dentro de la sociología norteamericana, de una ortodoxia y de una heterodoxia. Todo esto no son más que divisiones convencionales que pudieran no afectar a la unidad de nuestra disciplina. Pero, por el contrario, se enfrentan como posiciones intelectuales radicalmente distintas que insisten en diferenciarse al definir la propia sociología, la ciencia, la realidad, los hechos sociales, la investigación, etc. Lo cual hace difícil que el trabajo de un sociólogo pueda ser valorado serenamente por el resto de sus colegas.

Pero no sólo desde dentro de la disciplina sociológica el trabajo de los sociólogos tiene que habérselas como una crítica que se fundamenta en posiciones intelectuales radicalmente distintas de aquellas en que se asienta dicho trabajo. Desde fuera de la disciplina, la sociología es también valorada estrambóticamente. Se nos suele decir que el sociólogo es un humanista vergonzante; que el sociólogo practica una suerte

de filosofía perezosa, y que, en última instancia, es inútil su empeño de querer compartir el objeto de su disciplina con las humanidades y su método de investigación con las ciencias de la naturaleza. Por otra parte, son frecuentes los calificativos de «sociologista» y «empiricista» aplicados al sociólogo actual. No resulta difícil adivinar que detrás de cada una de esas acusaciones lo que hay, en la mayoría de los casos, es una postura ideológica que poco tiene que ver con la actividad científica misma.

Los científicos de la naturaleza hace mucho tiempo que se liberaron de semejantes acusaciones. Las ciencias de la naturaleza han ofrecido a la sociedad un cuerpo considerable de conocimientos que la técnica ha sabido adaptar a las necesidades inmediatas del mundo moderno. A nadie se le ocurre discutir la validez de los conocimientos que nos proporcionan las ciencias de la naturaleza. A nadie se le ocurre, tampoco, pedir a los científicos naturales que nos digan *de dónde venimos* y *a dónde vamos*. Por el contrario, la sociedad no ha cesado de demandarle al sociólogo que le explique el fundamento de la vida en sociedad o que le diga si somos libres o determinados. Y cuando ha visto en carne propia las aplicaciones prácticas de la ciencia social, ha visto que esas aplicaciones han servido para fortalecer los instrumentos de control de los grupos políticos o de los grupos económicos.

La falta de unidad entre los sociólogos se pone de manifiesto de muchas maneras. Por ejemplo: los europeos acusan a los norteamericanos de haber extremado la minuciosidad en las técnicas de investigación y de haberse olvidado de los problemas más urgentes del mundo contemporáneo. Por su parte, los norteamericanos piensan que los europeos se han lanzado por el camino fácil de la especulación abstracta, descuidando la observación cuidadosa de la realidad. En este planteamiento hay parte de verdad, pero de verdad a medias. Si pensamos que la «gran teoría» tiene su máximo representante en un norteamericano, Parsons, y que las minucias metodológicas han sido elaboradas por un europeo, Lazarsfeld, las acusaciones anteriores pierden mucho de su valor. Es cierto que Parsons construye con materiales europeos y que Lazarsfeld trabaja en los Estados Unidos. Lo uno y lo otro debe tenerse en cuenta a la hora de ponderar las acusaciones favoritas de los sociólogos europeos y norteamericanos.

En Lazarsfeld encontramos dos posiciones intelectuales de distinto origen que confluyen en sus resultados prácticos. De una parte, el empirismo anglosajón y, de otra, el positivismo lógico del «Círculo de Viena». Ambas direcciones inciden en el trabajo de Lazarsfeld dando una única resultante; sería difícil discriminar lo que en la labor investigadora de este sociólogo se debe a una dirección o a la otra. En consecuencia, carece de fundamento la crítica que se basa en puntos de vista culturales localizados. Lazarsfeld es un producto tan americano como europeo.

Pero no sólo entre Europa y Norteamérica se intercambian semejantes acusaciones. El propio Parsons es considerado por muchos sociólogos norteamericanos como excesivamente abstracto y difícilmente reducible a prueba empírica, al tiempo que Parsons estima que la mayoría de la investigación empírica norteamericana se realiza en un nivel de ingenuidad que hace imposible la prueba empírica de sus teorías.

En este sentido, ni los unos ni los otros tienen razón. Aspectos sustantivos de las teorías de Parsons están siendo verificados por investigaciones empíricas. Por otra

parte, la creciente generalización de los llamados «análisis secundarios» está demostrando que el empiricismo ingenuo puede proporcionar materiales inestimables a la síntesis teórica.

Desde el punto de vista europeo, la sociología norteamericana ofrece un panorama de contrastes desconcertantes. Por una parte, las afirmaciones programáticas de algunos sociólogos norteamericanos parecen haber establecido de una vez para siempre los fundamentos metodológicos de la ciencia social. Pero contrasta la solidez de semejantes programas con los escasos resultados significativos que se derivan de su aplicación. Contrastan, sobre todo, los límites ambiciosos de esos programas y la mezquindad de los resultados que nos ofrecen. No es raro el caso del empiricista programático que no ha realizado nunca ninguna investigación empírica concreta o que, en el caso de haberla emprendido, ha sido infiel a los enunciados de su programa.

Son precisamente estos empiricistas programáticos los que han hecho abrigar a la sociedad la esperanza de que, en un futuro inmediato, la realidad social pudiera ser conocida y sometida a control del mismo modo que lo estaba siendo, desde siglos atrás, la realidad natural. A la base de esta tendencia empiricista programática nos encontramos, con cierta frecuencia, o el positivismo lógico del «Círculo de Viena» o algunas de las vertientes del empirismo anglosajón tradicional.

Pero ocurre que al plantear la ciencia social sobre los fundamentos metodológicos de las ciencias de la naturaleza, los valores, especialmente los valores convencionales de los grupos humanos, se eliminan de la actividad científica al aproximarse a la realidad social. Ello hace que esta posición científica —valedora en el plano de la filosofía de la ciencia— atraiga a los no conformistas con los valores de la sociedad en que viven. El enfrentarse con la realidad social desprendidos de valoraciones —lo cual tiene una indiscutible validez epistemológica—, se traduce en una negación de esas mismas valoraciones, que, al no tener realidad ante la ciencia, se quisiera que no la tuvieran tampoco en la realidad de cada día.

Es ésta una de las versiones más frecuentes del «sociologismo» —campo fértil para el humanista disconforme que encuentra así instalada su disconformidad en un plano intelectualmente seguro, aureolado del prestigio que lo científico tiene en el mundo contemporáneo—. Acaso esta raíz personal o, si se quiere, ese talante, pueda explicar el contraste que existe entre la abundancia de afirmaciones programáticas de estos científicos sociales y la escasez de su efectiva labor investigadora.

Ahora bien, estos contrastes no son privativos de la sociología norteamericana. Por el contrario, se han de producir siempre dondequiera que existan vías institucionales para la expresión de la disconformidad. Lo cual es tan característico de la sociedad norteamericana como de la europea. Es preciso reconocer que este empirismo programático, refugio de los no conformistas, ha venido a sustituir al juridicismo kelseniano de hace treinta años. Intelectuales del mismo talante son los que entonces se refugiaron en ese juridicismo y hoy se refugian en el empirismo programático.

No tenemos, pues, los europeos motivo de escándalo en el contraste norteamericano a que nos estamos refiriendo. En nuestra propia casa, con sólo mirar en derredor, encontraríamos ejemplos abundantes del mismo fenómeno: ambiciosos programas metodológicos y escasos conocimientos sustantivos.

Por otra parte, la abundancia de investigaciones sociológicas técnicamente minuciosas y estimables, pero carentes de toda significación política y social, tiene en los Estados Unidos otra causa. En un país en que las Universidades tienen un número crecido de estudiantes de ciencias sociales, a los que es preciso adiestrar en las técnicas de investigación, no es extraño que proliferen los estudios en que se trata más de familiarizar al estudiante con la técnica de investigación, que de obtener resultados significativos. Parte de este trabajo de adiestramiento aparece en las revistas norteamericanas de ciencias sociales y es, hasta cierto punto, una de las causas en que se basa la acusación a que nos estamos refiriendo. Piénsese en que la misma acusación sería posible hacerla de la mayoría de las revistas especializadas de otras disciplinas de más larga historia, no sólo de los Estados Unidos, sino también del continente europeo, de donde aquella acusación procede.

Esto nos debe hacer meditar en que no hemos ponderado los elementos de la situación académica norteamericana en contraste con nuestra situación europea. Sin embargo, hace tiempo que Merton ha trazado un esquema de esos puntos de contraste que puede hacernos comprender las variantes de la sociología de aquende y de allende el Atlántico.

Por último, la profesionalización de la sociología en los Estados Unidos acaso tenga mucho que ver con las características del trabajo investigador en nuestra disciplina. En los Estados Unidos se da con bastante frecuencia el sociólogo dedicado a una rama especializada de nuestra ciencia, que es un excelente profesional, pero que está absolutamente al margen de toda preocupación por los problemas generales de la sociología. En este sentido, tales sociólogos pueden ser empiricistas o sociólogos *sin saberlo*. Se han educado en una difusa tradición filosófica —el empirismo anglosajón— y se han insertado en una corriente meliorista, tradicional en las ciencias sociales norteamericanas. Para estos sociólogos la investigación empírica forma parte de su actividad profesional y el tratar de racionalizar la vida social que les rodea el fin primordial de su actividad profesional.

En Europa, por otra parte, nos encontramos con que los sociólogos se han formado generalmente en las facultades de Derecho y Filosofía; se hallan enfrentados, como discípulos o como profesores, con la problemática general de la disciplina; han recibido toda su formación de investigadores en facultades de humanidades, y ni se hallan ligados a ninguna dirección filosófica determinada ni se sienten obligados a mejorar la sociedad en que viven.

Estas consideraciones debemos tenerlas en cuenta al enjuiciar la sociología norteamericana. Porque no es raro que acusemos a los sociólogos norteamericanos de estar en exceso preocupados por los pormenores de las técnicas de investigación, desentendiéndose de los problemas de la realidad en torno, al mismo tiempo que les acusamos de que se pongan al servicio de la causa de la democracia. Ambas acusaciones debieran excluirse entre sí. No obstante, ambas las suelen hacer las mismas personas. Hubiera que tener en cuenta, antes de emitir esas acusaciones, la diferente situación de los mundos académicos norteamericano y europeo. De este modo, estaríamos en disposición de aprender la lección que los norteamericanos nos pueden dar a los europeos

en técnicas de investigación y nosotros pudiéramos, en cambio, ofrecerles el ejemplo de una ciencia que se justifica en sí misma.

Si el cuadro de la disciplina sociológica que hemos trazado a puros brochazos, sin pretensiones de exhaustividad, tiene alguna validez, nos parece que debiera llevarnos a abandonar las discusiones ingeniosas. Procede, por parte de los europeos, una seria meditación sobre lo mucho que tenemos que aprender de la sociología norteamericana y lo mucho que tenemos que desechar. Pero esta labor crítica tiene que hacerse con el aire sereno de la mejor tradición universitaria europea y no a golpes de ingenio. Y, sobre todo, desprendiéndose de lastres ideológicos, de adentro y de fuera, vengan éstos de nuestra condición cultural, religiosa o política. Creemos que ha llegado la hora de no escribir más artículos como *éste* y de dedicarnos a la empresa de contribuir al conocimiento científico de los grupos humanos.

JOSÉ JIMÉNEZ BLANCO